DE LA COMPETITIVIDAD A LA CONVIVENCIALIDAD

Fernando Gaja i Díaz

Más allá del crecimiento permanente

Después de una década larga de crecimiento, de expansión del sector inmobiliario más allá de lo prudente y razonable, el ciclo ha terminado. Esperemos que no sea un simple ciclo, que el sector del ladrillo no vuelva a irrumpir con una actividad desbocada y descontrolada malmetiendo lo poco que queda de este País, de sus paisajes, de sus recursos, de su ecosistema, que la crisis de las *subprime* marque el principio del fin de un modelo económico e inmobiliario voraz. Se acabó la fiesta, pues. Ahora toca recoger, limpiar, poner orden, reparar los destrozos,… y plantear un modelo viable y durable que impida la repetición de lo acaecido en esta década a caballo del cambio de siglo.

La ultima ratio que ha justificado, o permitido, la vorágine constructora ha sido el crecimiento económico. A cualquier coste; no ha importado si para lograrlo se ha destruido o deteriorado de forma irreversible el territorio. El crecimiento económico todo lo ha justificado. Nos habían dicho (aquellos que tomaron por bandera lo de *"más mercado, menos Estado"*, los mismos que ahora han recurrido al Estado, a lo público, para salvarse, para salvar sus patrimonios), nos habían explicado la teoría de la lluvia fina, según la cual el aumento de la riqueza acabarían empapando, calando, a la sociedad en su conjunto, pero la realidad es lo contrario[1].

Si queremos plantear Valències alternativas tendremos que cuestionar las bases que nos han llevado a la actual. Desde la aprobación del último Plan General, 1988, por poner una fecha, y ya que estamos (están) en período de redacción de uno nuevo[2], la transformación de la ciudad ha sido increíble, tanto cuantitativa (en extensión, número de viviendas construidas,…), como cualitativa (aparición de nuevas funciones, de nuevas tipologías,…). Pero da la impresión de que ésta es una ciudad condenada perpetuamente a perder oportunidades, a dilapidar recursos, a desaprovechar las condiciones que la naturaleza o la historia le ha regalado: clima, orografía, situación, entorno,… Cuando uno piensa, imagina, como podría ser València, una mezcla de desánimo y rabia le invade.

Los políticos no son más que el reflejo de la sociedad que los elige, no busquemos fáciles chivos expiatorios. Joe Bageant, periodista, denuncia la situación en la que se encuentran los electores estadounidenses, a quienes califica de sonámbulos, e idiotas, para añadir pero *"No es bueno despertar a los sonámbulos. Hay que*

---

1 No deja de ser significativo que en plena vorágine constructora, siempre justificada por el crecimiento y la creación de riqueza, el País Valenciano entre el año 1996 y el 2007 perdiera posiciones en el ranking de la renta per cápita, pasando del noveno lugar en 1996 al décimo en 2007, siempre por debajo de la media estatal, y alejándose de ella, del 95,2 % al 90,8 %. Fuente: INE, < http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=%2Ft35%2Fp010&file=inebase&L=0>

2 La formulación de un nuevo Plan General, repensar a fondo la ciudad; sin vergüenzas, ni miedos. Nada de versiones preliminares de revisión pacatas

dejarles que despierten por ellos mismos"[3]. Las reflexiones que vienen a continuación, son sólo eso solo cavilaciones.

Un primer punto de partida para una Valencia alternativa

Valencia no debe crecer; no puede crecer. Se acabó la era del crecimiento. Porque el crecimiento ad infinitum es sencillamente absurdo. Es éste un axioma que aun no pasado a formar parte de los valores sociales dominantes, pero que poco a poco ha iniciado su andadura para convertirse en un valor indiscutible. No será fácil porque deberá acabar con la hegemonía de otro principio social todavía vigente: el del desarrollismo que ha inspirado toda la era industrial, más de dos siglos.

En un mundo finito nada puede crecer infinitamente. Obvio, elemental, evidente. Los recursos de este nuestro planeta, el único que tenemos son finitos; reciclables o no, son finitos. Y los estamos consumiendo por encima de cualquier limite razonable, y conduciendo al agotamiento; ya estamos, avisan los expertos, en la fase de depleción de algunas materias primas.

La ultima ratio de este sinsentido radica en la idea de que el crecimiento permanente es posible; un absurdo total. Las tasas de crecimiento, invariablemente celebradas como la mejor noticia, son el mejor camino hacia la devastación del planeta. Sorprende la fuerza de esta creencia, la de la viabilidad del crecimiento permanente, que trasciende las diferencias ideológicas, y que sólo muy reciente ha sido puesta en cuestión.

Para los incrédulos sugiero la aplicación de la regla de oro de la refutabilidad del crecimiento constante: la regla del 69[4] Dice así: el tiempo que cualquier magnitud sometida a tasas de crecimiento constante tarda en doblarse es aproximadamente 69 dividido por la tasa anual de crecimiento (una aproximación que es más ajustada para tasas bajas, por debajo del 10 %). Una vez aplicada esta operación, recuérdese el cuento del inventor del ajedrez, para constatar que una variable que

---

[3] ABC, viernes, 31 de octubre de 2008, p.29

[4] Demostración matemática, para satisfacción de curiosos, escépticos, incrédulos o rigurosos.

Sea una magnitud M que se dobla en un tiempo t con una tasa de porcentual de crecimiento i (expresada en tanto por uno) $M (1 + i)^t = 2 M$

Aplicando logaritmos neperianos $t = \ln 2 / \ln (1 + i) = 0'6931 / \ln (1 + i)$

La función logarítmica puede desarrollarse por aproximación mediante una serie de Taylor:

$$\ln (1+i) \approx i - i^2/2 + i^3/3 - i^4/4 + \ldots + (-1)^{n-1} i^n/n \qquad \text{para } -1<i<+1$$

para valores de i bajos podemos aproximarla a: $\ln (1+i) \approx i$ para $-1<i<+1$

y por tanto $t \approx 0'6931 / i$

Si queremos expresar i en tantos por cien, como es habitual, quedaría como:

$$t \approx 69'31 / i \approx 69 / i$$

se dobla en un cierto número de años deviene rápidamente inabarcable: 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, 1026, en sólo 10 doblados (2^{10}).

Pero el ruido mediático de la crisis financiera, tapa y oculta esta crisis, mucho más grave, que tenemos debajo de los pies sin apenas tomar conciencia de ella, la crisis ecológica (por no hablar de algo que nos parece lejano y difuso, la crisis alimentaria, pero que golpea a la mayor parte de la humanidad). Ya es demasiado tarde, avisa por ejemplo Meadows[5] en su visita a València del año pasado, y cuanto más tardemos peor.

Sólo a partir de la reducción del consumo de recursos podremos pensar en modelos alternativos. Esta idea, primero elaborado en el campo de economía por Nicholas Georgescu-Roegen[6], la llamada "Economía del Estado Estacionario", admite una traslación directa al campo del Urbanismo: frente al Urbanismo Desarrollista, del crecimiento perpetuo y sin fin, debemos apostar por un Urbanismo Estacionario, sin crecimiento, de la transformación.

Un Urbanismo estacionario... y algo más

Un Urbanismo sostenible, el de un futuro viable, no el de las interesadas ucronías que se nos presentan como porvenir, será un Urbanismo de la transformación, no del crecimiento, porque la era del crecimiento ha acabado (y/o deberíamos rematarla cuanto antes). Deberá centrarse en la mejora de lo existente, del inmenso stock acumulado de suelo y vivienda, en gran medida vacante; en la recualificación de las áreas urbanas consolidadas, en el incremento de las dotaciones, de los espacios verdes; en la reducción de la movilidad motorizada, uno de los factores de mayor deterioro del medio urbano. Por decirlo resumidamente: en la reducción de insumos de los consumos, especialmente de los no renovables, pero también de los renovables, para acercarlos a su tasa de reposición. Este es el objetivo estratégico para la consecución de un Urbanismo Estacionario: la reducción tanto del consumo de materias primas como de la generación de residuos, partiendo de la premisa del no crecimiento.

Planear el crecimiento era mucho más sencillo que intervenir para la transformación de la ciudad existente. En las zonas de nuevo desarrollo la población no pasaba de ser un dato estadístico: una cifra estimada a la que se asignaban unos estándares muy generales. Las cosas cambian cuando actuamos en un medio consolidado. La población no es un dígito: surgen los vecinos, los destinatarios del planeamiento, los "clientes"; con su diversidad, con sus conflictos, con sus opiniones diversas, con esa dichosa manía de opinar, con ese descaro para decirle a los urbanistas lo que tienen que proyectar.

---

[5] Meadows, Dennis: *El científico Meadows augura el colapso en 2050 si continúa la degradación ambiental.* Levanta - El Mercantil Valenciano, 2 de abril de 2006

[6] Cfr. http://www.decroissance.org/

La ciudad actual es un hervidero, de razas, de culturas, de lenguas, de nacionalidades, de “regionalidades”, de situaciones familiares, de intereses, de anhelos, diferentes, plurales, diversos, encontrados, en absoluto reducible a una estimación cuantitativa. La conclusión es evidente: la participación tal y como hasta ahora se ha entendido en el planeamiento, a posteriori, pasiva, de mero refrendo y orientada más bien a la defensa y satisfacción de los intereses fundiarios e inmobiliarios, no puede mantenerse. Añadamos pues al Urbanismo Estacionario, su condición de Participativo, democrático en el sentido estricto del término, de abajo a arriba, no de arriba a abajo, a priori, vinculante y activo.

La sola mención de algunos de estos términos levanta sarpullidos en algunos (bastantes) de mis colegas. Pero no se trata de una proposición bienintencionada, filantrópica; es una necesidad, ya que su elusión produce planes donde el conflicto está servido, y que frecuentemente desemboca en situaciones enconadas, crispadas y finalmente inmanejables. Hemos conocido asiduamente esta situación: frente a la impugnación, el poder político reacciona de forma arrogante, prepotente, abusando de una legitimidad que nadie niega, pero que, como todo, tiene límites. No podremos actuar en medios consolidados, como si no hubieran vecinos, como si fueran sólo “población horizonte” que responde a un perfil de gabinete. El Urbanismo de la Transformación, el que sustituirá al del Crecimiento, sólo será viable si cuenta con la participación *ab initio* de los afectados, mejor dicho de los beneficiarios.

València debe abandonar la apuesta por los Grandes Eventos, un sumidero de capitales públicos, debe renunciar al modelo de *Panem et Circenses*, que poco a aportado a la mejora de las condiciones de vida cotidianas de sus habitantes, que son un manifiesto ejemplo de despilfarro, de derroche, de un espectáculo de opulencia y *glamour* alejado de la vida real de la mayor parte de los vecinos. València ha apostado mucho, demasiado, y como siempre ocurre con los jugadores compulsivos, ha perdido mucho también.

Hace unos años Richard Roger organizó un Seminario que intituló como *London as it could be*, en el que se repensaba la ciudad a partir de las actuaciones e iniciativas en curso, pero dándoles la vuelta, pensándolas en términos de sostenibilidad, de convivencialidad. Es hora de plantear un nuevo modelo urbano, un *València as it could be,* optar por un modelo que, sin incrementar el consumo de recursos, sin proseguir por la vía del crecimiento, tenga por objetivo central la consecución de una ciudad amable, acogedora, vivible, como dicen mis amigos *a escala humana*. Pero para ello habrá que esperar a que el sonámbulo despierte. Me temo.

València, viernes, 31 de octubre de 2008